

solución de marchar por la noche al encuentro de Indibilis y combatirle donde le encontrase. Dejando el campamento bajo la custodia de débil guarnición, mandada por su legado T. Fonteyo, partió en medio de la obscuridad, encontró al enemigo y trabó el combate, peleando por grupos más bien que en línea; pero en el desorden de aquella pelea, los romanos llevaban la ventaja. De pronto, los jinetes númeridas, á quienes el general creía haber ocultado su marcha, se presentan en los flancos y producen vivas alarmas; y cuando trababan nuevo combate con los númeridas, aparece otro enemigo; los generales cartagineses que acababan de alcanzar á los romanos y les atacaban por la espalda. Estrechados de esta manera por todas partes, no sabían á qué enemigo hacer frente, ni por qué lado abrirse paso. El general les anima con el ejemplo, les exhorta y sacude allí donde es más recio el peligro. Un lanzazo le atraviesa el costado derecho: entonces la cuña enemiga, que se había lanzado sobre los romanos agrupados en derredor del general, viendo á Escipión caer moribundo del caballo, corre de fila en fila dando con alegres gritos la noticia de que el jefe romano no existe ya. Repetidas estas palabras en todo el ejército, deciden la victoria de los cartagineses y la derrota de los romanos. La muerte del general produce en seguida la fuga de los soldados, á quienes no fué difícil abrirse paso á través de los númeridas y aliados armados á la ligera; pero apenas pudieron escapar á tantos jinetes y peones cuya ligereza igualaba la de los caballos. Quizá perecieron más en la fuga que en el combate, y ni uno hubiese sobrevivido al desastre, si estando declinando el día no hubiera sobrevenido la noche.

Los jefes cartagineses se apresuraron á aprovechar su victoria; después de la batalla, apenas dieron á los soldados el descanso necesario, llevándoles apresura-

damente hacia Asdrúbal Hamílcar, con la segura esperanza de terminar la guerra con aquella unión. A su llegada, jefes y soldados regocijados por la reciente victoria, se felicitaron por la muerte de aquel gran general y por la destrucción de su ejército, lisonjeándose de conseguir muy pronto un triunfo tan grande como el primero. Los romanos no habían recibido todavía noticia de aquel inmenso desastre; pero entre ellos reinaba sombrío silencio, y el presentimiento que agobiaba los ánimos era como seguro presagio. El mismo general, además de la desertión de los aliados y el aumento de las fuerzas enemigas, encontraba en sus conjeturas y en las circunstancias más razones para suponer una derrota que para alentar lisonjeras esperanzas. «Si Asdrúbal y Magón no habían terminado la guerra, ¿cómo habían podido reunir sus tropas sin librar combate? ¿Cómo no se había opuesto su hermano á la marcha, ó no les había seguido? Si no había podido impedir que aquellos jefes reuniesen sus ejércitos, ¿cómo no había venido á unir sus tropas con las de su hermano?» Agitado por estas inquietudes, creyó que, por el momento, el partido más prudente era alejarse todo lo posible; así, pues, á la siguiente noche, sin que lo observasen los enemigos, que por lo mismo no pudieron inquietarle, recorrió considerable distancia. Cuando al amanecer se conoció su retirada, los generales cartagineses enviaron delante á los númeridas y les siguieron apresuradamente con el resto del ejército. Antes de obscurecer, los númeridas alcanzaron á los romanos y les hostigaron en tanto por retaguardia y en tanto por los flancos. Estos se detuvieron para rechazar los ataques; sin embargo, Escipión le exhortaba á combatir y marchar á la vez, mientras podían hacerlo con seguridad antes de la llegada de la infantería enemiga.

Pero obligado á defenderse en marcha, el ejército no

pudo recorrer mucho camino. Acercábase ya la noche, Escipión llama á los suyos del combate y gana con ellos una altura, posición no muy fuerte, á la verdad, sobre todo para un ejército influido por el temor, pero más elevada al menos que todos los alrededores. Allí colocaron en el centro los bagajes y caballos, y la infantería que les rodeaba rechazó primeramente sin trabajo el ataque de los númidas; pero avanzaron tres generales con tres ejércitos regulares reunidos. Reconociendo Escipión la imposibilidad de la resistencia, si no podía oponerles fortificaciones, buscó en las cercanías con qué parapetarse. Pero la altura estaba tan pelada y era tan áspero el suelo, que no pudo encontrar ni árboles que cortar para hacer una empalizada, ni tierra que suministrase césped, ni manera de hacer un foso, ni materiales para ninguna clase de obra. No había tampoco ningún punto bastante áspero ó escarpado para dificultar el acceso del enemigo; por todos lados era suave é insensible la pendiente. Sin embargo, para elevar contra ellos una manera de parapeto, reunieron los arneses de las bestias de carga, atáronlos á las cargas formando la altura ordinaria y llenaron con el bagaje los huecos. El ejército cartaginés á su llegada ganó fácilmente la altura; pero el aspecto de aquella nueva especie de fortificación le detuvo al pronto, como le hubiese detenido un prodigio. Por todas partes exclamaban los jefes: «¿A qué quedar inmóviles? ¿Por qué ese pobre espantajo, que apenas podría intimidar á niños y á mujeres, no ha caído ya bajo vuestros golpes? El enemigo estaba cogido, allí le tenían oculto detrás de sus bagajes.» Con este desprecio hablaban los jefes: sin embargo, no era fácil cosa franquear aquellos parapetos, derribar aquellos fardos amontonados, cortar aquellos bastes entrelazados y recargados con el enorme peso de los bagajes. Después de muchos esfuerzos, los cartagi-
neses se abrieron paso por muchas brechas, el campamento quedó forzado por todas partes y la matanza de un puñado de hombres dispersos y paralizados ya por el terror fué fácil para enemigos victoriosos y superiores en número. Sin embargo, una parte de los soldados, que se habían refugiado en los bosques inmediatos, llegaron al campamento de P. Escipión, donde mandaba el legado T. Fonteyo. Cn. Escipión pereció, según unos, en la misma altura, en el primer choque del enemigo; según otros, huyó con corto número de los suyos á una torre cercana al campamento. No pudiendo el enemigo romper las puertas, las prendió fuego; penetró por este medio y degolló al general romano con todos los que se habían refugiado allí. Cn. Escipión fué muerto en el octavo año de su llegada á España y veintinueve días después que su hermano. El dolor que causó su muerte no fué más profundo en Roma que en toda España. En Roma se deploraba al mismo tiempo la pérdida de dos ejércitos, la defección de una provincia y las desgracias de la república; mientras que en España se lloraba y lamentaba á los mismos generales, especialmente á Cneo, porque había mandado más tiempo en aquellas comarcas y porque se había granjeado el cariño de todos, dando las primeras pruebas de la justicia y moderación de los romanos.

Cuando parecía destruido el ejército y perdida España para los romanos, un hombre solo restableció los desesperados asuntos. En el ejército romano había un caballero llamado L. Marcio, hijo de Septimio, joven muy activo y cuyo valor é ingenio eran muy superiores á su condición. Tan excelentes disposiciones se habían perfeccionado en la escuela de Cn. Escipión, bajo cuyas órdenes había aprendido en tantos años todos los secretos del arte de la guerra. Este joven, después de recoger los restos del ejército derrotado y haberlos refor-

zado con todo lo que pudo extraer de las guarniciones, formó un cuerpo bastante considerable, á cuyo frente se reunió con T. Fonteyo, teniente de Escipión. Un simple caballero romano tuvo entonces bastante influencia entre los soldados, para que, cuando se hubieron fortificado allende el Ebro, y hubo que nombrar un general en los comicios militares, los soldados que iban á votar, al relevarse en las guardias de las fortificaciones y de los puestos, por unánime consentimiento le otorgasen el mando en jefe. Todo el tiempo (y fué muy corto) que precedió á la llegada del enemigo, se empleó en fortificar el campamento y en aprovisionarlo, ejecutándose las órdenes con tanto celo como intrepidez. Pero á la noticia de que Asdrubal Giscón se acercaba después de haber pasado el Ebro para destruir el resto del ejército y que avanzaba á marchas forzadas; á la vista de la señal de batalla dada por el nuevo jefe, recordando los soldados qué generales tenían en otro tiempo, con qué jefes y con qué compañeros estaban acostumbrados á marchar al combate, comenzaron á llorar y á golpearse la frente; unos alzaban las manos al cielo como para acusar á los dioses; otros, tendidos en el suelo, invocaban á su antiguo general. La desolación no la calmaban ni las exhortaciones de los centuriones ni las palabras suaves ó severas de Marcio: «¿Por qué se deshacian en llanto como tímidas mujeres, en vez de aguijonear su valor para defenderse ellos y defender la república y pensar en vengar la muerte de sus generales?» De pronto oyen el sonido de las bocinas y los gritos de los enemigos que se acercaban á los parapetos; la ira sucede en el acto á la desesperación; los romanos, en un acceso de rabia, se precipitan á las puertas y caen sobre los cartagineses que avanzaban negligentemente y en desorden. Aquella brusca salida difunde en el acto el terror en sus filas; sorpréndelos

ver tantos enemigos levantarse inopinadamente contra ellos, después de la pérdida de su ejército casi entero. ¿De dónde proceden tanta audacia y confianza en enemigos vencidos y fugitivos? ¿Qué general había reemplazado á los dos Escipiones muertos? ¿quién mandaba en aquel campamento? ¿quién había dado la señal del combate? Después de estas múltiples preguntas sobre tantas cosas imprevistas, quedan al pronto inciertos y estupefactos y retroceden; atacados en seguida con sumo vigor, vuelven la espalda. Espantosa matanza hubieran hecho los romanos, ó se habrían dejado llevar á una persecución temeraria y peligrosa, si Marcio no se hubiese apresurado á mandar retirada, y, si colocado delante de las enseñas de las primeras filas y reteniendo él mismo algunos soldados, no hubiera puesto término á la pelea y recogido al campamento sus tropas ávidas aún de sangre y de matanza. Los cartagineses, rechazados primeramente lejos de las fortificaciones, viendo que nadie les perseguía, atribuyen á temor la retirada de los romanos y volvieron á su campamento con la lentitud que inspira el desprecio. Igual negligencia tuvieron en guardarlo; porque si bien estaba cerca el enemigo, al fin lo constituían los restos de dos ejércitos destrozados pocos días antes. Informado Marcio de que la negligencia de los cartagineses se extendía á todo, después de reflexionar bien en ello, formó un proyecto que, al pronto, parecía más temerario que atrevido; el de atacarles en sus mismos parapetos; creyendo que le sería más fácil apoderarse del campamento de Asdrubal solo, que defender el suyo contra los tres ejércitos y los tres generales reunidos de nuevo: además, el éxito de esta empresa restablecería las cosas; y si quedaba rechazado, el ataque que iba á dar demostraría al menos que no era enemigo despreciable.

Sin embargo, para evitar que la sorpresa y el terror

nocturnos hiciesen abortar un propósito que su posición le imponía, creyó necesario arengar y exhortar á los soldados: les reunió, pues, y les habló de esta manera: «Soldados, el cariño que profesaba á nuestros generales durante su vida y que les conservo después de su muerte, así como nuestra situación actual, pueden hacer comprender á todos que si el mando os parece dignidad honrosa para mí, en realidad es carga pesada y fuente de inquietudes. En un tiempo en que, sin el temor que impone silencio á mi pesadumbre, apenas podría dominarme para encontrar algún consuelo á mi dolor, me veo obligado á atender sólo á vuestra conservación, tarea harto difícil en medio de la amargura; y cuando es necesario pensar en los medios de conservar á la patria los restos de dos ejércitos, no me es posible apartar de mi ánimo la continua tristeza que le abruma. Incesantemente me acompaña doloroso recuerdo; día y noche los dos Escipiones me preocupan y privan de descanso; muchas veces también, durante el sueño, me excitan á no dejarles sin venganza, ni tampoco á sus soldados, vuestros antiguos compañeros de armas, que durante ocho años fueron victoriosos en este país, y mucho menos á la república. Mándanme que siga sus principios y sus lecciones; y, puesto que nadie fué más sumiso que yo á sus órdenes, después de su muerte, considero como el partido mejor el que, en cada momento, imagino que habrían adoptado ellos mismos. En cuanto á vosotros, soldados, no debéis tributarles gemidos y lágrimas como si ya no existiesen; sus hazañas les han hecho inmortales; pero cuantas veces surja en vuestra mente su recuerdo, creed que os exhortan al combate, que os dan la señal, y marchad al enemigo. Su imagen sin duda, presente ayer á vuestras miradas y á vuestro pensamiento, os inspiró aquella batalla memorable, en la que enseñasteis al enemigo que el nom-

bre romano no se ha extinguido con los Escipiones, y que un pueblo cuyo valor y firmeza no quedaron agobiados por el desastre de Cannas, puede triunfar de todos los rigores de la fortuna. Si no aconsejándoos más que de vosotros mismos, habéis mostrado tanta audacia, quiero ver ahora de lo que seréis capaces bajo la dirección de vuestro jefe. Ayer, al dar la señal de retirada cuando con tanto ardor perseguíais al enemigo en derrota, no fué mi propósito reprimir vuestra audacia, sino reservarla para ocasión más gloriosa y favorable; por ejemplo, cuando bien preparados podáis sorprender á un enemigo confiado; bien armados, atacarle antes de que pueda tomar sus armas y esté dormido. Esta esperanza, soldados, no la he concebido temerariamente y á la aventura, sino que se funda en seguridades. Si se os pregunta cómo vencidos y en tan corto número habéis podido defender vuestro campamento, responderíais solamente que, en el temor de este ataque, habéis cuidado de fortificaros y habéis permanecido sobre las armas y dispuestos á combatir: eso es lo que debéis hacer. Mas cuando la fortuna liberta á los hombres de todo temor, ya no hay para ellos seguridad, y la negligencia les deja sin apoyo y expuestos á todos los peligros. Por esta razón están muy lejos de sospechar los enemigos que nosotros, antes rodeados y sitiados por ellos, vamos á atacarles en su campamento. Intentemos aquello que no nos creen capaces de intentar; la misma dificultad de la empresa la hará más fácil. A la tercera vigilia de la noche os llevaré en silencio. Me he asegurado de que no tienen vigías ni guardias regulares. El primer grito que os oigan lanzar en sus puertas, el primer choque, os hará dueños del campamento. Entonces, encontrándoles entorpecidos por el sueño, aterrados ante un ataque tan imprevisto y sin defensa en sus lechos, podréis comenzar de nuevo la matanza de

la que, muy á pesar vuestro, os retiré ayer. Sé que estos propósitos parecen audaces, pero en las circunstancias críticas y que dejan poca esperanza, los partidos más aventurados son los más seguros. Por poco que se vacile en aprovechar la ocasión, escapa, desaparece y en vano se trata de recobrarla. No tenemos delante de nosotros más que un ejército; hay otros dos á corta distancia; atacando ahora, tenemos algunas esperanzas, porque ya habéis experimentado vuestras fuerzas y las suyas. Si lo retrasamos un día y propagándose el éxito de nuestra salida de ayer dejan de despreciarnos, es de temer que todos los jefes y todas las tropas de los cartagineses se reúnan contra nosotros. ¿Podremos entonces resistir á tres generales, á tres ejércitos cuando no pudo hacerlo Cn. Escipión con todas sus legiones? Si nuestros generales perecieron porque dividieron sus fuerzas, también pueden ser vencidos los enemigos, separados y divididos. No hay otro medio de hacerles la guerra. No esperemos nada después de la ocasión que nos ofrece la misma noche. Id con la protección de los dioses á comer y descansar, para caer sobre el campamento enemigo con tanta fuerza, vigor y brío como desplegasteis para defender el vuestro.» Con regocijo se acogió aquel proyecto nuevo de un nuevo general, que tanto más agradaba á los soldados, cuanto más atrevido era. El resto del día lo emplearon en preparar las armas y en comer; la mayor parte de la noche se dedicó al descanso y á la cuarta vigilia se pusieron en movimiento.

A seis millas del campamento más inmediato se encontraba otro cuerpo de tropas cartaginesas, separadas por un profundo valle cubierto de árboles. Con astucia púnica emboscábase en medio de la selva una cohorte romana con algunos jinetes, y cortadas de esta manera las comunicaciones, marchó en silencio el resto de las

tropas hacia el campamento inmediato, y no encontrando guardias delante de las puertas, ni centinelas sobre los parapetos, penetraron como en sus propias líneas, sin obstáculo alguno. De pronto suenan las trompas, y los romanos lanzan un grito. Una parte degüella á los enemigos medio dormidos; otra prende fuego á las barracas cubiertas de paja, y algunos se apoderan de las puertas para cortar la retirada. El enemigo, aturdido á la vez por el fuego, los gritos y la matanza, dominado por una especie de locura, no oye ni puede tomar ninguna medida de salvación, cayendo sin armas en medio de cohortes armadas. Unos se precipitan hacia las puertas, y otros, no encontrando salida, se lanzan por encima de los parapetos. Los que consiguen escapar huyen apresuradamente hacia el otro campamento; pero rodeados por la cohorte y por la caballería, que salen de su emboscada, quedan exterminados hasta el último. Aunque hubiese escapado algún cartaginés á la matanza, tan rápidamente pasaron los romanos de un campamento á otro, que nadie hubiese podido llevar antes que ellos la noticia del desastre. Allí, como estaban más lejos del enemigo, y desde el amanecer se habían dispersado muchos soldados para forrajear, merodear ó cortar leña, encontraron mayores descuido y desorden: las armas estaban en las tiendas, los soldados desarmados, tendidos en el suelo ó sentados; otros paseaban delante de los parapetos ó de las puertas. En medio de esta indolencia y tranquilidad fueron sorprendidos y atacados por los romanos, enardecidos todavía por la matanza y orgullosos por su victoria; así fué que no pudieron defender la entrada en el campamento. En el interior acudieron por todas partes á los primeros gritos, al primer tumulto, y trabóse porfiada lucha, que hubiese durado mucho tiempo si la vista de los escudos romanos cubiertos de sangre, señal de otra derrota de los

cartagineses, no hubiese difundido terror en las filas enemigas. El espanto hizo general la derrota, huyendo del campamento á la aventura después de perder muchos de los suyos. Así, pues, en el espacio de una noche y un día, L. Marcio forzó dos campamentos cartagineses. Murieron cerca de treinta y siete mil hombres, según el relato de Claudio, que tradujo del griego al latín los anales de Acilio; mil ochocientos treinta quedaron prisioneros; recogióse inmenso botín, y, entre los despojos, un escudo de plata que pesaba ciento treinta y ocho libras, con la imagen de Asdrúbal Barcino (1). Valerio Antias dice que solamente tomaron el campamento de Magón, en el que mataron siete mil hombres; pero que Asdrúbal salió del suyo; que en el segundo combate le mataron diez mil hombres, cogiéndole cuatro mil trescientos treinta. Según Pisón, enardecido Magón persiguiendo á los romanos, que retrocedían, cayó en una emboscada, en la que perdió cinco mil hombres. Todos estos escritores están conformes en elogiar mucho á Marcio, añadiendo otros prodigios á su gloria real: mientras arengaba, dícese que brotaba de su cabeza una llama, que sin hacerle daño alguno, asustó mucho á los soldados que le rodeaban. Hasta el incendio del Capitolio se conservó en aquel templo como monumento de su victoria sobre los cartagineses un escudo que se llamaba de Marcio; este era el que ostentaba la imagen de Asdrúbal. España gozó por algún tiempo de profunda tranquilidad; porque después de las considerables pérdidas que habían experimentado los dos bandos, tenían trabar combate decisivo.

Mientras ocurrían en España estas cosas, Marcelo,

(1) Entre los griegos y otros pueblos de la antigüedad, después de la erección de una estatua, la recompensa más honrosa era un escudo en el que se pintaba ó grababa la imagen de aquel á quien se daba.

que había tomado á Siracusa, después de arreglar los asuntos de la Sicilia con tan buena fe é integridad que al mismo tiempo que aumentaba su gloria realizaban la majestad del pueblo romano, hizo trasladar á Roma, para adornar la ciudad, las estatuas y cuadros en que abundaba Siracusa. Despojos eran en verdad arrebatados al enemigo, según el derecho de la guerra; pero también fué la época en que por primera vez se admiraron las obras del arte griego y en que la avidez impulsó á los romanos á despojar indistintamente los edificios sagrados y profanos, avidez que se extendió hasta los dioses de Roma, y en primer lugar sobre el mismo templo que Marcelo (1) había decorado con tanta magnificencia. En otro tiempo se visitaban los templos dedicados por Marcelo, cerca de la puerta Capena, á causa de las obras maestras, de las que solamente quedan vestigios. Marcelo recibió legaciones de casi todas las ciudades de Sicilia, y siendo diferente la causa de cada una, sus destinos lo fueron también. Los pueblos que antes de la toma de Siracusa no habían abandonado á los romanos, ó habían ingresado en su alianza, fueron recibidos y tratados como aliados fieles; aquellos que se rindieron solamente por temor, recibieron como vencidos las leyes del vencedor. Quedaban sin embargo á los romanos en las cercanías de Agrigento, enemigos muy numerosos, encontrándose á su frente Epicides y Hannón, que habían mandado en la campaña anterior, y

(1) Dice Plutarco que Marcelo construyó el templo del Honor y el Valor con los despojos que recogió en Sicilia, y que ofrecido por él en su primer consulado en el combate con los insubrios en Clastidio, lo dedicó su hijo, cerca de la puerta Capena. Dícese que Marcelo ofreció un solo templo, pero que más adelante, por consejo de los pontífices, se elevaron dos que se reunieron para indicar que á los actos de valor corresponden brillantes honores. Por esto se habla unas veces de un templo y otras de dos.

otro jefe que Aníbal había enviado para reemplazar á Hipócrates. Era este un libienicio, nacido en Hipona, llamado Mutino por sus compatriotas, hombre activo y que había aprendido con Aníbal el arte de la guerra. Epícides y Hannón le dieron el mando de los númidas auxiliares, con los que causó tales estragos en las tierras enemigas, retuvo tan perfectamente á los aliados en el cumplimiento del deber y acudió con tanta oportunidad á socorrerles, que en poco tiempo llenó toda la Sicilia con la fama de su nombre, siendo la esperanza más firme de los que apoyaban á los cartagineses. Así fué que los dos generales, que hasta entonces habían permanecido encerrados en Agrigento, enardecidos por los consejos de Mutino y especialmente por sus triunfos, se atrevieron á salir de la ciudad y marcharon á acampar cerca del río Hinera. Informado Marcelo de su marcha, salió en seguida á campaña y tomó posición á unas cuatro millas del enemigo, con objeto de observar sus movimientos y proyectos. Pero Mutino, sin dejarle tiempo para combinar planes, pasó el río sin vacilar, atacó los puestos avanzados, difundiendo por todas partes el terror y el tumulto. A la mañana siguiente, en combate casi regular, rechazó al enemigo hasta sus fortificaciones. Llamado á su campamento por una sedición de los númidas, de los que unos trescientos se habían retirado á Heraclea Minoa, partió para calmar á los rebeldes y atraerles á las enseñas, recomendando expresamente á sus colegas, según se dice, que no trabaen combate con el enemigo durante su ausencia. Esta recomendación les ofendió á los dos, especialmente á Hannón, celoso desde mucho tiempo de la gloria de su compañero. «Mutino, un africano degenerado, dictar leyes á un general cartaginés vestido de la confianza del Senado y del pueblo!» Epícides vacilaba, pero se decidió á pasar el río y presentar batalla.

Esperar á Mutino era, en caso de triunfo, dejarle toda la gloria.

Marcelo, que arrojó de las murallas de Nolá á Aníbal, orgulloso por su victoria de Cannas, creyendo indigno ceder á enemigos que acababa de vencer por mar y tierra, mandó á sus soldados que empuñasen en seguida las armas y que avanzasen con las enseñas al frente. Mientras formaba su ejército en batalla, diez númidas del ejército enemigo vienen á la carrera para decirle que sus compatriotas, animados de aquel espíritu de revuelta, que hizo que trescientos de ellos se retirasen á Heraclea, y disgustados además al ver que la envidia de los generales había alejado á su jefe precisamente en el momento de la batalla, no tomaran parte en el combate. Aquella pérfida gente cumplió su promesa. El ardor de los romanos aumentó con la noticia, que en el acto se hizo circular de fila en fila, de que el enemigo estaba abandonado por su caballería, que tanta fuerza le daba; los cartagineses, por su parte, se intimidaron al verse privados de la mayor parte de sus fuerzas y su terror aumentó con la sospecha de que los atacasen sus mismos jinetes. Por esta razón no fué largo el combate, decidiéndose la victoria al primer grito, al primer choque. Durante la pelea, los númidas permanecieron quietos en las alas; y al comenzar la derrota de los cartagineses, les acompañaron algún tiempo en su fuga; pero cuando les vieron tomar precipitadamente el camino de Agrigento, temiendo exponerse á un sitio, se repartieron por las ciudades inmediatas. El enemigo perdió muchos miles de hombres entre muertos y prisioneros y ocho elefantes. Este fué el último combate de Marcelo en Sicilia, volviendo inmediatamente á Siracusa. Acercábase el final del año; el Senado de Roma encargó por un decreto al pretor P. Cornelio que escribiese á los cónsules, que se encontraban á la sazón delante

de Capua, que en vista del alejamiento de Anibal y de las pocas dificultades que ofrecía el sitio, viniese á Roma uno de ellos para la elección de magistrados. Al recibir esta carta, convinieron que marchase Claudio á presidir los comicios y que quedase Fulvio delante de Capua. Claudio nombró cónsules á Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, hijo de Servio, que todavía no había ejercido magistratura curul. Los pretores elegidos en seguida fueron L. Cornelio Léntulo, M. Cornelio Cetego, C. Sulpicio y C. Calpurnio Pisón, quien quedó encargado de administrar justicia en Roma; Sulpicio recibió la Sicilia; Cetego la Apulia, y Léntulo Cerdeña. A los cónsules les prorrogaron el mando por un año.

FIN DEL LIBRO XXV.

Los cónsules Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, habiendo tomado en los idus de Marzo posesión de su cargo, convocaron al Senado en el Capitolio, con objeto de consultar acerca de los intereses de la república, la dirección de la guerra y la distribución de las provincias y del ejército. Prorrogóse el mando á Q. Fulvio y Ap. Claudio, cónsules del año anterior, dejáronles los ejércitos que habían tenido á sus órdenes, y les excitó á que no abandonaran el sitio de Capua hasta que lo terminasen. Esta era la empresa que preocupaba más entonces á los romanos, no tanto por el resentimiento más legítimo que jamás existió, como porque la toma de una ciudad tan célebre y poderosa, que había arras-

de Capua, que en vista del alejamiento de Anibal y de las pocas dificultades que ofrecía el sitio, viniese á Roma uno de ellos para la elección de magistrados. Al recibir esta carta, convinieron que marchase Claudio á presidir los comicios y que quedase Fulvio delante de Capua. Claudio nombró cónsules á Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, hijo de Servio, que todavía no había ejercido magistratura curul. Los pretores elegidos en seguida fueron L. Cornelio Léntulo, M. Cornelio Cetego, C. Sulpicio y C. Calpurnio Pisón, quien quedó encargado de administrar justicia en Roma; Sulpicio recibió la Sicilia; Cetego la Apulia y Léntulo Cerdeña. A los cónsules les prorrogaron el mando por un año.

LIBRO XXVI.

SUMARIO.

Anibal acampa á tres millas de Roma: avanza hasta la puerta Capena. La tempestad impide el combate.—Los cónsules Q. Fabio y Ap. Claudio se apoderan de Capua. Decapitación de los senadores campanios.—Nómbrase por unanimidad en los comicios general para España á Escipión, hijo de Publio. A la edad de veinticuatro años se apodera en un día de Cartagena.—Atribúyesele origen divino.—Asuntos de Sicilia.—Alianza con los etolios.—Guerra contra los acarnanios y contra Filipo, rey de Macedonia.

Los cónsules Cn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, habiendo tomado en los idus de Marzo posesión de su cargo, convocaron al Senado en el Capitolio, con objeto de consultar acerca de los intereses de la república, la dirección de la guerra y la distribución de las provincias y del ejército. Prorrogóse el mando á Q. Fulvio y Ap. Claudio, cónsules del año anterior; dejáronles los ejércitos que habían tenido á sus órdenes, y les excitó á que no abandonaran el sitio de Capua hasta que lo terminasen. Esta era la empresa que preocupaba más entonces á los romanos, no tanto por el resentimiento más legítimo que jamás existió, como porque la toma de una ciudad tan célebre y poderosa, que había arras-